

XXXIX.— *Melancton quiere que se reconozca la autoridad del Papa.*

He referido de intento en toda su extension estas decisiones de Lutero, porque Melancton las puso una restriccion muy notable.

Al fin de los artículos se ven dos listas de firmas en que aparecen los nombres de todos los ministros y doctores de la confesion de Ausburgo¹. Melancton firmó con todos los demás; pero como no queria convenir en lo que Lutero decia del Papa, lo hizo en estos términos: «Yo Felipe Melancton apruebo los artículos precedentes como «piadosos y cristianos. En cuanto al Papa, mi parecer es que si «quiere recibir el Evangelio, por la paz y comun tranquilidad de «los que están ya, ó en adelante estuvieren bajo su obediencia, po- «demos concederle sobre los Obispos la superioridad que ya tiene «por derecho humano.»

Lutero tenia grande aversion á la autoridad del Papa, que en cierto modo establecia Melancton. Desde que el Papa le condenó, se habia hecho irreconciliable con este poder, y aun habia hecho firmar á Melancton una acta en que toda la nueva Reforma decia en cuerpo: *Jamás aprobarémos que el Papa tiene poder sobre los otros Obispos*². Melancton se desdijo de esto en Esmalcalda; y esta fue la primera y única vez que contradijo á su maestro por un acto público; y una vez que su complacencia, ó sumision, ó cualquiera otro motivo semejante, sea el que sea, le hicieron pasar, á pesar de todas sus dudas, el punto mucho mas difícil de la Eucaristía, debemos creer que tendria razones poderosas para repugnar este del Papa que presentaba Lutero. Estas razones son tanto mas dignas de ser examinadas, cuanto que en este exámen verémos el verdadero estado de la nueva Reforma; las disposiciones particulares de Melancton; la causa de todos los cuidados que no dejaron de agitarle en toda su vida; cómo se comprometió en un mal partido con buenas intenciones generales, y cómo permaneció en él en medio de las mas violentas agitaciones que puede padecer un hombre. La cosa merece entenderse bien, y el mismo Melancton será quien nos la descubra en sus escritos.

¹ Conc. p. 336. — ² Id. p. 338. — ³ Mel. lib. X, ep. 76.

LIBRO QUINTO.

REFLEXIONES GENERALES SOBRE LAS AGITACIONES DE MELANCTON,
Y SOBRE EL ESTADO DE LA REFORMA.

RESÚMEN.

Agitaciones, disgustos y perplejidades de Melancton. Causa de sus errores; sus esperanzas frustradas. Triste éxito de la Reforma, y los desgraciados motivos que atrajeron hácia ella á los pueblos, confesados por los autores del partido. Melancton confiesa en vano la perpetuidad de la Iglesia, la autoridad de sus juicios y la de sus preladados. La justicia imputativa le arrastró, aunque confesaba que no hallaba vestigio de ella en los Padres, ni aun en san Agustin, en quien se habia apoyado otras veces.

I.— *Cómo Melancton se adhiere á Lutero.*

Los principios de Lutero, durante los cuales se entregó á él totalmente Melancton, eran seductivos. Clamar contra unos abusos que no eran sino muy verdaderos, con mucha fuerza y libertad, llenar sus discursos de pensamientos piadosos, restos de una buena educacion, y además tener una vida tan perfecta, sin lunar alguno, á lo menos delante de los hombres, son cosas muy seductoras. No creamos que las herejías tienen siempre por autores hombres impíos ó libertinos, que de caso pensado hacen servir la Religion á sus pasiones. San Gregorio Nazianceno no nos representa á los heresiarcas como hombres sin religion, sino como hombres que la entienden mal. «Son, dice¹, grandes genios, porque las almas débiles son «igualmente inútiles para el bien y para el mal.» «Pero estos genios grandes, prosigue, son al mismo tiempo genios ardientes é «impetuosos, que toman la Religion con un celo desmedido,» es decir, que tienen un falso celo, y que mezclando con la Religion una acrimonia soberbia, una osadía indómita, y su propio espíritu, lo llevan todo al extremo: tambien es preciso que acompañe una

¹ Orat. 26, tom. I, p. 444.

aparente regularidad de conducta ; si no ¿cómo se verificaria la seduccion tan anunciada en la Escritura ? Lutero se habia dado á la devocion. En su primera juventud, aterrado con un rayo, del que pensó perecer, se habia hecho religioso con bastante buena fe. Ya hemos visto lo que sucedió en el asunto de las indulgencias. Si aventuraba dogmas extraordinarios, tambien se sometia al Papa. Condenado por el Papa, reclamó el concilio, que tambien reclamaba toda la cristiandad hacia ya muchos siglos, como el único remedio de los males de la Iglesia. Todo el universo deseaba la reforma de las costumbres corrompidas ; y aunque la sana doctrina subsistia siempre inalterable en la Iglesia, no todos los predicadores la explicaban igualmente bien. Muchos no predicaban mas que las indulgencias, las peregrinaciones, y la limosna á los religiosos, haciendo consistir el fondo de la piedad en estas prácticas que la eran accesorias. No hablaban tanto como era menester de la gracia de Jesucristo ; y Lutero, que se lo daba todo á la gracia de un modo nuevo por el dogma de la justicia imputada, le pareció á Melancton, jóven todavía, y mas versado en las bellas letras que en materias de teología, el único predicador del Evangelio.

II. — *Melancton prendado de la novedad, y de la engañosa apariencia de la justicia imputativa.*

Justo es atribuírselo todo á Jesucristo. La Iglesia se lo atribuía todo en la justificacion del pecador, tan bien y mejor que Lutero, pero de otro modo. Hemos visto que Lutero se lo atribuía todo, quitándose todo absolutamente al hombre ; y que la Iglesia por el contrario se lo atribuía todo, mirando como un efecto de su gracia todo lo bueno que habia en el hombre, y aun el buen uso de su libre albedrío en todo lo que mira á la vida cristiana. La novedad de la doctrina y de los pensamientos de Lutero era un encanto para los talentos floridos, al frente de los cuales estaba Melancton en Alemania. Juntaba á la erudicion, á la cultura y elegancia del estilo, una singular moderacion. Se le miraba como el único capaz de suceder en la literatura á la reputacion de Erasmo ; y el mismo Erasmo por su voto le hubiera elevado á los primeros honores entre las gentes de letras, si no le hubiera visto empeñado en un partido contra la Iglesia, al cual le habia arrastrado la novedad, lo mismo que á otros muchos. Desde los primeros años que se adhirió á Lutero escribió á uno de sus amigos : « Todavía no he tratado como se

« debe el punto de la justificacion, y veo que tampoco ninguno de « los antiguos la ha tratado de este modo ¹. » Estas palabras nos dan á conocer á un hombre dominado por el atractivo de la nueva doctrina : apenas ha desflorado una materia tan grande, y ya sabe de ella mas que todos los antiguos. Quedó hechizado de un sermón que predicó Lutero sobre el día del sábado ², en el cual habia pintado el reposo, en que Dios lo hacia todo, y el hombre no hacia nada. Un jóven profesor de lengua griega oia manifestar tan nuevos pensamientos al orador mas vehemente y mas vivo de su siglo, con todos los adornos de su lengua nativa, y con un aplauso inaudito, y esto le enajenaba : Lutero le parecia el mas grande de todos los hombres, un hombre enviado por Dios, un profeta ; y el éxito inesperado de la nueva Reforma le confirmó en su pensamiento. Melancton era sencillo y crédulo, como lo son por lo comun los buenos talentos ; ya le tenemos fascinado : siguieron su ejemplo todas las gentes de letras, y Lutero vino á ser su ídolo. Se le impugna, y quizás con demasiada acritud ; pues al instante se acalora Melancton : la confianza de Lutero le compromete mas y mas, y se deja arrastrar á la tentacion de reformar con su maestro, á expensas de la unidad y de la paz, los Obispos, y los Papas, y los Príncipes, y los Reyes, y los Emperadores.

III. — *De qué modo excusaba Melancton la cólera de Lutero.*

Es verdad que Lutero se entregaba á excesos inauditos, lo que era un motivo de sentimiento para su moderado discípulo. Temblaba cuando pensaba en la cólera implacable *de este Aquiles*, y de la vejez de un hombre de pasiones tan violentas, temia nada menos que los arranques de un *Hércules*, de un *Filoctetes* y de un *Mario* ³ ; es decir, que preveía alguna cosa furiosa, como sucedió efectivamente. Así se lo escribía en confianza y en griego, como solia, á su amigo Camerario : pero un dicho oportuno de Erasmo le sostenia : (¿qué no puede un dicho significativo en un buen entendimiento ?) Erasmo decia que el mundo, obstinado y endurecido como estaba, necesitaba un dueño tan violento como Lutero ⁴ ; esto es, segun él lo explicaba, que Lutero le parecia necesario para el mundo, como lo eran los tiranos que Dios envía para corregirle ; como un Nabu-

¹ Lib. IV, ep. 126, col. 574. — ² Ibid. col. 575. — ³ Lib. IV, ep. 240. — ⁴ Lib. XVIII, ep. 25 ; lib. XIX, 3.

codonosor, un Holofernes, en una palabra, como un azote de Dios. En esto no habia ciertamente motivo para gloriarse; pero Melancton lo habia tomado por el lado bueno, y creia al principio que para despertar al mundo se necesitaban todas las violencias y todo el estruendo de Lutero.

IV.—Principio de las agitaciones de Melancton.

Pero, en fin, estalló la arrogancia de este maestro imperioso. Todo el mundo se sublevaba contra él, aun los que querian como él reformar la Iglesia. Mil sectas impías se levantaban á la sombra de sus banderas; y bajo el nombre de Reforma, las armas, las sediciones, las guerras civiles azotaban la cristiandad. Para colmo del dolor la querrela sacramentaria dividia á la naciente Reforma en dos partidos casi iguales: sin embargo, Lutero lo llevaba todo hasta el extremo, y sus discursos no hacian mas que exacerbar los ánimos en vez de calmarlos. Se notaba tanta flaqueza en su conducta, y fueron tan reparables sus excesos, que Melancton no podia ni excusarlos ni soportarlos. Desde entonces sus agitaciones fueron inmensas: á cada momento se le veia desear la muerte: sus lágrimas¹ no se enjugaron durante treinta años; y *el Elba*, decia él mismo, *con todo su caudal, no hubiera podido suministrarle bastante agua para llorar las desgracias de la Reforma dividida.*

V.—Melancton reconoce al fin que los sucesos favorables á Lutero tenian un mal principio.

Los sucesos favorables á Lutero que le habian alucinado en un principio, y que tomaba con todos los demás como una señal del dedo de Dios, no fueron para él mas que un débil entretenimiento, luego que el tiempo le descubrió las verdaderas causas de tan grandes progresos, y sus deplorables efectos. No tardó mucho en conocer que la licencia y la independencia constituian la parte principal de la Reforma. Si se veia á las ciudades del imperio acudir de tropel á aquel nuevo Evangelio, no era porque se cuidaban de la doctrina.

Nuestros reformados oirán con mucho sentimiento el discurso siguiente de Melancton, que lo escribió y se lo dirigió á Lutero²: «Nuestras gentes me vituperan el que vuelva la jurisdiccion á los

¹ Lib. IV, ep. 10, 119, 842. — ² Lib. II, 202. — ³ Lib. I, ep. 17.

«Obispos. El pueblo acostumbrado á la libertad, despues de haber sacudido una vez el yugo, no quiere volver á sujetarse á él; y las ciudades del imperio son las que mas aborrecen esta dominacion. «Nada se cuidan de la doctrina y de la religion, sino solamente del imperio y de la libertad.» Vuelve tambien á dar esta queja al mismo Lutero: «Nuestros asociados, dice¹, disputan, no por el Evangelio, sino por su interés.» No era, pues, la doctrina, era la independencia lo que buscaban las ciudades; y si aborrecian á los Obispos, no era tanto porque eran sus pastores, como porque eran sus soberanos.

VI.—Preveia los desórdenes que sucederian por haber despreciado la autoridad de los Obispos.

Es necesario decirlo todo: Melancton no se cuidaba mucho de restablecer el poder temporal de los Obispos: lo que él queria restablecer era el buen orden eclesiástico, la jurisdiccion espiritual, y en una palabra, *el gobierno episcopal*, porque veia que sin él todo iba á caer en una confusion. «Pluguiese á Dios, dice, pluguiese á Dios que yo pudiese, no confirmar la dominacion de los Obispos, sino restablecer su administracion; porque estoy viendo que iglesia vamos á tener, si trastornamos el gobierno eclesiástico: estoy viendo que LA TIRANÍA SERÁ MAS INSOPORTABLE QUE NUNCA².» Esto es lo que sucede siempre, cuando se sacude el yugo de la autoridad legítima. Los que sublevan á los pueblos con el pretexto de libertad, se convierten en tiranos; y al que no crea todavía que entre ellos debe contarse Lutero, la historia se lo hará ver de un modo indudable. Continúa Melancton, y despues de haber censurado á los que no amaban á Lutero, *sino porque por su medio se habian deshecho de los Obispos*, concluye, «que se han dado una libertad que no haria ningun bien á la posteridad.» «Porque ¿cuál será, prosigue, el estado de la Iglesia, si mudamos todas las costumbres antiguas, y si no hay en ella prelados ó conductores ciertos?»

VII.—La autoridad y la disciplina eclesiástica enteramente despreciadas en las nuevas iglesias. Testimonio de Capiton y de otros.

Preveia que en este desorden todos mandarian. Si no son reconocidas las potestades eclesiásticas que han recibido de los Apóstoles la autoridad por sucesion, ¿cómo subsistirán los nuevos minis-

¹ Lib. I, ep. 20. — ² Lib. IV, ep. 104.

tros que han ocupado su lugar? No hay mas que oír á Capiton, conolega de Bucero en el ministerio de la iglesia de Estrasburgo: «La autoridad de los ministros está, dice ¹, enteramente abolida, «todo se pierde, todo se arruina. No hay entre nosotros una iglesia, «ni una siquiera, donde haya disciplina... El pueblo nos dice con «osadía: Vosotros quereis ser los tiranos de la Iglesia, que es libre; «quereis establecer un nuevo papado.» Y un poco despues: «Dios «me hace conocer lo que es el ser pastor, y el daño que hemos he- «cho á la Iglesia, por el juicio precipitado y la vehemencia inconsi- «derada que nos ha hecho desechar al Papa. Porque el pueblo, «acostumbrado, y como nutrido con la licencia, ha roto enteramen- «te el freno, como si destruyendo el poder de los Papistas hubiése- «mos destruido al mismo tiempo toda la fuerza de los Sacramentos «y del ministerio. Ellos nos dicen: yo sé muy bien el Evangelio: «¿qué necesidad tengo de vuestro auxilio para hallar á Jesucristo? «Id á predicar á los que quieran oiros.» ¿Qué Babilonia mas con- fusa que esta iglesia que se congratulaba de haber salido de la Igle- sia romana como de una Babilonia? Tal era la iglesia de Estrasbur- go, la misma que los nuevos reformados proponian sin cesar á Erasmo, cuando se quejaba de sus desórdenes, como la mas arre- glada y modesta de todas sus iglesias; tal era hácia el año de 1537, es decir, cuando estaba en su fuerza y lozanía.

Bucero, el conolega de Capiton, no tenia de ella mejor opinion el año de 1549, y confiesa que allí nada se procuraba tanto *como el placer de vivir cada uno á su antojo* ².

Otro ministro se quejaba á Calvino de que no habia ningun ór- den en las nuevas iglesias, y da esta razon: «que un gran número «de los suyos creia haberse librado del poder del Antecristo gozan- «do á su placer de los bienes de la Iglesia, y no reconociendo nin- «guna disciplina ³.» No son estos unos discursos en que se repre- den los desórdenes con exageracion: es lo que los nuevos pastores se escribian confidencialmente los unos á los otros, y en ellos se ven los tristes efectos de la Reforma.

¹ Ep. ad Farel. int. ep. Calv. p. 5. — ² Int. ep. Calv. p. 509, 510. — ³ Ibid. p. 43.

VIII.— *Otro fruto de la Reforma. La esclavitud de la Iglesia, en la cual el magistrado se hace papa.*

Uno de los frutos que produjo, fue la servidumbre en que cayó la Iglesia. No es de admirar que la nueva Reforma agradase á los príncipes y á los magistrados, que se hacian dueños de todo, hasta de la doctrina. El primer efecto del nuevo Evangelio en Montbe- liard, ciudad próxima á Ginebra, fue una junta que hubo en ella de los principales habitantes para saber *lo que el príncipe mandaria acer- ca de la Cena* ¹. Inútilmente se levantó Calvino contra este abuso; esperaba muy poco remedio, y todo lo que pudo hacer, fue quejar- se como del mayor desórden que podia introducirse en la iglesia. Mycon, sucesor de Oeolampadio en el ministerio de Basilea, se queja en vano de lo mismo: «Los legos, dice ², se lo atribuyen to- «do, y el magistrado se ha hecho papa.»

Esta era una desgracia inevitable de la nueva Reforma, que se habia establecido levantándose contra los Obispos á las órdenes del magistrado. Este suspendió la misa en Estrasburgo, la abolió en otros lugares, y dió la forma al servicio divino: los nuevos pasto- res eran instituidos por su autoridad: segun esto, era justo que tu- viese todo el poder en la iglesia. Así, lo que se ganó en la Reforma con repeler al Papa eclesiástico, sucesor de san Pedro, fue darse un papa lego, y poner entre las manos de los magistrados la autoridad de los Apóstoles.

IX.— *Lutero recibe del príncipe la mision de hacer la visita eclesiástica.*

Lutero, tan orgulloso como estaba con su nuevo apostolado, no pudo oponerse á este abuso. Diez y seis años habian pasado ya des- de el establecimiento de su Reforma en Sajonia, sin que hubiese soñado siquiera en visitar las iglesias, ni en ver si los pastores que se habian establecido en ellas cumplian sus obligaciones, y si los pueblos sabian el catecismo que les daban. Se les habia enseñado muy bien, dice Lutero ³, «á comer carne los viernes y sábados; á «no confesarse ya mas; á creer que el hombre se justifica solo por «la fe, y que las buenas obras no merecen nada;» pero en cuanto á predicar sériamente la penitencia, manifiesta Lutero que era en lo

¹ Calv. ep. p. 50, 51, 52. — ² Int. Ep. Calv. p. 52. — ³ Visit. Sax. cap. de doct. cap. de libert. christ., etc.

que menos se pensaba : los reformadores tenían otros negocios en que ocuparse. Finalmente, para oponerse á este desórden, se pensó en el remedio de la visita tan conocida en los cánones. « Pero nadie entre nosotros, decía Lutero ¹, había sido llamado hasta ahora para este ministerio, y san Pedro prohibió hacer nada en la Iglesia, « sin estar seguro por medio de una deputacion cierta, que lo que se hace es la obra de Dios : » es decir, en una palabra, que es necesaria para esto una mision, una vocacion, una autoridad legitima. Repárese que los nuevos evangelistas habían recibido seguramente de lo alto una mision extraordinaria para sublevar á los pueblos contra los Obispos, para predicar á pesar de estos, y para atribuirse la administracion de los Sacramentos aunque les estaba prohibido : mas para ejercer la verdadera funcion episcopal, que es visitar y corregir, nadie había recibido la vocacion ni la orden de Dios ; tan imperfecta era aquella celestial mision : tanto desconfiaban de ella los mismos que tanto se gloriaban de haberla recibido. El remedio que se halló para este defecto, fue recurrir al príncipe como á la *potestad indudablemente ordenada por Dios en este país* ². Así se explica Lutero. Pero esta potestad establecida por Dios, ¿ ha sido establecida para esta funcion? No ; Lutero lo confiesa, y asienta por fundamento que la visita es una funcion apostólica. Pues ¿ por qué se recurre al príncipe? « Porque, aunque por su poder secular, dice Lutero, no esté encargado de este oficio, no dejará por caridad de nombrar visitadores ; » y exhorta Lutero á los demás príncipes á seguir este ejemplo, es decir, que hace que se ejerzan las funciones de los Obispos por la autoridad de los príncipes, y se llama este atentado una caridad en el lenguaje de la Reforma.

X. — *No están mejor disciplinadas las iglesias luteranas, y así lo reconocia Melancton.*

Esta relacion nos hace ver que los Sacramentarios no eran los únicos que, destituidos de la autoridad legitima, habían llenado sus iglesias de confusion. Es cierto que Capiton, despues de haberse quejado en la carta que hemos visto de que *no se conocia* la disciplina en las iglesias de su secta, añade que *no habia disciplina sino en las iglesias luteranas* ³. Pero Melancton que las conocia, hablando de estas iglesias el año de 1532, poco mas ó menos al mismo tiempo que Capiton escribió su carta, cuenta : « Que la disciplina esta-

¹ Visit. Sax. Praef. — ² Ibid. — ³ Int. ep. Calv. p. 3, n. 7.

« ba arruinada en ellas ; que se dudaba en ellas de las cosas mas importantes ; y que, sin embargo, lo mismo que en las otras iglesias, tampoco se queria oír la explicacion clara de los dogmas ; y que « estos males eran incurables ¹ : » de modo que no tenían mas ventaja los Luteranos sino que su disciplina, tal cual era en sí, era tan superior á la de los Sacramentarios, que les daba envidia.

XI. — *Melancton deplora la licencia del partido, en que el pueblo decidia en la mesa los puntos de la Religion.*

Bueno es saber tambien por Melancton cómo los grandes del partido trataban la teología y la disciplina eclesiástica. Se hablaba con mucha flojedad entre los Luteranos de la confesion de los pecados, y sin embargo, lo poco que se decia, y este pequeño resto de la disciplina cristiana que se había querido conservar entre ellos, incomodaba de tal manera á un hombre de importancia, que segun refiere Melancton, dijo en un gran festin « (porque solamente en la mesa, dice ², es donde tratan la teología), que era necesario oponerse á ello ; que debían unirse todos para no dejarse arrebatar LA LIBERTAD QUE HABIAN RECOBRADO ; de otra manera volverian á reunirlos en una nueva servidumbre, y que ya se iban renovando poco á poco las antiguas tradiciones. » Esto es lo que tiene excitar el espíritu de revueltas en los pueblos, é inspirarles sin discernimiento odio á las tradiciones. En un solo festin se ve lo que pasaba en los demás. Este era el espíritu que reinaba en todo el pueblo ; y el mismo Melancton dice á su amigo Camerario, hablando de aquellas nuevas iglesias : *Bien veis los desvarios de la multitud, y sus ciegos deseos* ³ : no se podia establecer en ellas regla ninguna.

XII. — *La justicia imputativa disminuia la necesidad de las buenas obras. Decision de los Luteranos y de Melancton.*

Así la reforma verdadera, quiero decir, la de las costumbres, se atrasaba en lugar de adelantar, por dos razones : la una, porque se había destruido la autoridad ; y la otra, porque la nueva doctrina conducia á la relajacion.

No me propongo probar que la nueva justificacion causaba este mal efecto : esta es una materia muy agitada y que no es de mi objeto. Pero sí citaré solamente dos hechos constantes : que desde que se estableció la justicia imputada, perdió tanto la doctrina de las

¹ Lib. IV, ep. 133. — ² Ibid. ep. 74. — ³ Ibid. 769.